

Salud Pública

5.000.000 de parados

¿Es España un gran campo de concentración?

En un país que se desangra con una galopante destrucción de empleo, con una mas que considerable masa de su población activa en paro forzoso, no hay duda que para resistir tal estado de cosas los individuos han de desarrollar un blindaje psicológico especial, que no pocas veces se escora hacia la *vertiente patológica*, en la que por razones de oficio los médicos se ven implicados

Es preciso añadir que este clima indudablemente afecta, en mayor o menor medida, a los que todavía tienen *la suerte* de conservar su ocupación. El derecho al trabajo hecho *suerte*; ¡que cosas! Tanto es así que se genera miedo, ansiedad, trastornos afectivos nada edificantes, y otros efectos negativos, como la renuncia a sus derechos más elementales como trabajadores, por ejemplo, evitar a toda costa pedir la baja laboral cuando están enfermos. Precariedad en el empleo, salarios de miseria y recorte de derechos laborales básicos definen una situación penosa y actual.

“Uno de cada cuatro **accidentes laborales** registrados en Galicia en 2010 estuvieron motivados por sobreesfuerzo. Es la mayor causa de los siniestros leves que se producen el lugar de trabajo ante el **creciente temor de los empleados a perder su puesto en el contexto de debate económico y ante las escalada de desempleo**” (noticia de 23.02.11). Es preciso denunciar la feroz campaña desatada desde algunos ámbitos para restringir tan elemental derecho. A veces en complicidad con algunos medios informativos, donde junto a los habituales tertulianos de plantilla, de saber enciclopédico, comparte ocasionalmente mesa algún que otro galeno en genuflexión servil para abono de los intereses de los de codicia y botín sin fondo. Ver *Incapacidad Temporal, Incentivos a los médicos para su control.* www.peritajemedicoforense.com.

El contexto actual propicia la transformación actitudes y conductas, que sobrepasan lo psíquico, tanto que alcanzan a lo orgánico, plasmándose en distintas formas de enfermar. “subalimentación, insomnio o a la falta de sueño reparador...”. Se instala un clima cuando menos de “apatía e irritabilidad”,

La falta de trabajo, una vida sin expectativas, sin futuro, hace que algunos se sientan “inútiles, indeseables y sin patria” (Beveridge) hasta el extremo de convertir a estos seres humanos en verdaderos *zombis*, en un continuo deambular de aquí para allá, sin destino ni esperanza.

Un ambiente *neurotizante*, en el que se distorsiona el pensamiento racional de las personas, alterando sus relaciones sociales y familiares. La presión del medio va moldeando “un nuevo tipo de hombre”, que tiene ciertas similitudes con que los que se veían obligados a vivir en un *campo de concentración*.

A diferencia de esos lugares de antaño, en que se recluía forzosamente a las personas, ya no son necesarias rejas ni guardianes, ni cadenas ni grilletes, para retener a los que por diversos motivos se pierden en su razón. Ahora están fuera, con los *cuerdos*. Pero unos y otros viven encerrados, en una “parálisis” que les condiciona al no tener a donde ir.



Determina todo esto igualmente la “deformación de la existencia” de la persona, fruto de esa metamorfosis en la cual la penuria económica le va expropiando la libertad, la verdadera libertad, pues lo otro, lo que proclama la retórica constitucional, sin esa otra base, no deja de ser más que una mera ilusión.

Ya arrinconado socialmente el individuo, los problemas se proyectan en el ambiente doméstico, como cuando las familias sufren el hacinamiento físico y mental, agobiadas por las deudas, la falta de expectativas en todos los órdenes, tensiones que son caldo de cultivo, junto a otras circunstancias, para que se genere todo tipo de violencias, a veces hasta el extremo de llegar a *la cuchillada mortal*.

Y para algunos, como aquellos prisioneros de los campos, parece que sólo queda el recurso a “lanzarse contra las alambradas”, cargadas de corriente de alta tensión. Cuando se ha desvanecido el último brote del ánimo imprescindible para aferrarse a la existencia; cuando esa existencia de la persona se ha convertido en un martirio...y sólo pueden decir “todo es una mierda”...

Vivir en la asfixia de la adversidad de quien se sofoca por la opresión del cansancio sin norte... Sin luz, en la perpetua vacilación del hoy, sin confianza en el día siguiente. / Regresar un día sí y otro también con las manos vacías, teniendo que eludir esos ojos inquietantes testigos de una existencia que se va desgarrando, que dicen aunque sus labios rotos de amargura y secos por la angustia no se despeguen. Y que te hacen sentir que ya no vales para nada... / Un bulto que estorba, transfigurado y perdido en la escoria para abono del lumpen urbano. / En la espera interminable convertida en la obsesión de a ver si mañana.../ En la zozobra del deambular sin destino, sin ocupación. Sin suerte. Tocar fondo... Y comprobar lo áspero que es morder el polvo. Una y otra vez... en el vértigo del vacío, de la ausencia, de la parálisis por la apatía.../ Del estar encarcelado en el tiempo, en la ceguera de atrapar aquel momento que fue mejor. / De la soledad del desamparo y de la desolación. / De la impotencia de aferrarse a la nada. / De la desesperanza del naufrago sin puerto. / De la melancolía en el frío de la noche sin techo, sin tener a donde ir ni donde quedarse, sin más alternativa que otear el horizonte en la fatiga de encontrar un rostro amigo. / Sin que tampoco quepa albergar optimismo alguno para sus más próximos, seres indefensos que algún día tendrán que dejar con la tristeza de la incertidumbre, abandonados en el arroyo de la vida. / Del hastío insoportable por la lucha incesante ante la tentación o el permanente deseo de escapar de la tenaza del propio cuerpo. / Impulso tanático en busca de la definitiva liberación. Del descanso.



Un bulto que estorba, transfigurado y perdido en la escoria para abono del lumpen urbano, *soñando con el paraíso ...*

Es posible que el encabezamiento de este artículo a más de uno le haya resultado chocante. O que hayan creído que va en esa malsana vertiente periodística que piensa que “no dejes que la realidad te estropee un buen titular”.

Exagerado, provocador, que dirán otros, los que se empeñan en ignorar el mundo más próximo que les circunda. Los mismos que, en su insensibilidad social, quizá piensen que su labor termina con la receta de la píldora milagrosa.

Demagógico. Aunque decir *demagogia* es el recurso a un vocablo desgastado de los que han nacido para nutrir la milicia de los resignados. Perversidad deliberada de todos cuantos quieren apagar la voz disonante en el coro de los esclavos. Amonestación sin argumento de ignorantes y frívolos para ahogar la protesta ciudadana. Demonizar a los que tienen el valor de manifestarse. Reproche sin ocurrencia de los mendigos que ven peligrar la limosna diaria de su señor.

Pues no. Antes o después, de no remediarse con medidas contundentes, la situación terminará afectando a todos, involucrando progresivamente a capas más amplias de la

población. Y llegado a este punto hay que plantearse aspectos que van ligados a cuestiones de *Salud Pública*.

Y es que es preciso reparar en cuestiones abordadas hace más de 70 años, que han de ser revisadas en la actualidad, analizadas con especial detenimiento. Guardan un preocupante parentesco en la situación actual. En *Psicoanálisis y existencialismo* de Viktor E. Frank (Viena, 1946) al referirse a vida en *los campos de concentración*, el autor afirmaba:

“La vida en el campo conduce al primitivismo, y a la subalimentación, al insomnio o a la falta de sueño reparador... a la *apatía, a la irritabilidad*, a la disminución del impulso sexual”.

“...Y esta tendencia creciente y cada vez más extensa de desvalorización se traduce en la frase más corriente, sin duda alguna, entre cuentas se escuchan en los campos de concentración: *todo es una mierda*”.

“La falta de término que caracteriza la existencia dentro de un campo de concentración (esto es, el no saber cuanto tiempo va a pasar allí, en suma, la incertidumbre) lleva al recluso a experimentar que su vida carece de futuro, con el sentimiento de algunos de marchar detrás de su propio cadáver. Esto es, el sentimiento de que su vida carece de mañana, de que era solamente ayer, pasado, una vida ya concluida, como la de un muerto. La vida de estos “cadáveres vivientes” se torna en una existencia predominantemente retrospectiva. Sus pensamientos giran siempre, obsesivamente, en torno a los detalles de su vida pretérita...”.

Y también es curioso como las autoridades de los campos de concentración “prohibían terminantemente los alcaloides más comunes de nuestra sociedad de la civilización (la cafeína y la **nicotina**) y que, en la vida normal, tienden precisamente a mitigar, en unos casos la apatía y en otros la irritabilidad”. El thriller de humor negro *Nicotina* pone de manifiesto los peligros y calamidades que surgen cuando se deja de fumar.

Pero todo se compensa. Los estancos pierden clientes; las farmacias los ganan. Y estas últimas dispensan productos con *registro sanitario*. “La crisis aumenta en dos millones la venta de envases de ansiolíticos”. “En el 2008 se expendieron con receta médica 47 millones de unidades de estos

medicamentos”. “La cifra de trastornos depresivos que la crisis produce en la actualidad, cuando se pierde empleo a una velocidad de miles de puestos por día, no se conocerá hasta finales del año próximo, pero los expertos coinciden en que habrá un incremento significativo” *La Voz de Galicia*, 27.04./2009).

Si de una parte no hay que perder de vista los pronósticos alarmantes de la OMS, que anuncia un mundo de “locos”, pues *en el 2020 los síntomas depresivos serán la principal causa de incapacidad, por encima de las enfermedades cardiovasculares*, por otra parte, y en conexión con los mismos, es preciso empezar a preguntarse en que medida los ciudadanos han de exigir responsabilidades, al menos aclaraciones, a sus gobernantes, *sus malos gobernantes*, cuando su diseño social constituye un fracaso, por su torpeza, cuando no por su frivolidad, y, en suma toma decidida importancia en la génesis de determinados hechos.

Hechos que no pueden ser explicados y expiados conformándose únicamente con la imputación culposa/dolosa de los que se muestran como actores y protagonistas en las páginas de sucesos, en un marco estrictamente jurídico penal, Esto es, solamente con la “criminalización” de determinados actos delictivos, y en su caso la “psiquiatrización” de esas conductas, arrojando a esos súbditos enfermos a los médicos, para que los curen...

Entonces el Estado, hará oír una vez más su voz, en un discurso henchido de vanidad, preñado de arrogancia. YO, el Estado, te acodo en todo momento, dándote guía y amparo desde que vienes a la vida hasta tu muerte. En mis escuelas te enseño como has de pensar. Nombro a los jueces para que se acate mi ley. Corrijo a los funcionarios que se desvían. Silencio a los rebeldes. Incluso cultivo tu ocio. Y cuando es la enfermedad quien te doblega, te doy médicos y toda clase de píldoras. Los hospitales y manicomios tienen las puertas abiertas para ti. Tú, ciudadano, no tienes derecho ni razón para hacerme ningún reproche. Si no te curas, son ellos, los médicos, los que no te quieren entender. Es, en todo caso, la ignorancia de su ciencia, y no mis desaciertos, la causa de tus males. YO, el Estado, he cumplido con mi compromiso. Mi conciencia social está tranquila.

Paro y marginación social diseñan un tándem de caminar peligroso, que tantas veces se torna en una cuestión de indudable *interés médico*, sobre lo que hay que reflexionar desde una perspectiva causal. Y tanto que no puede quedar satisfecha con el tratamiento sintomático, todavía más si se considera que “ninguna conducta es irracional en el sentido de ser incomprensible o conocer su causa” (J.A.C. Brown, remitiéndose a Norman Maier).

Por todo esto es preciso ir más al fondo, diseccionando la realidad, hasta encontrar otros agentes causantes. En cualquier caso señalar a quienes son incapaces de tomar medidas preventivas ante determinadas situaciones sociales.

Algún mequetrefe/“a” ya estará pensando en un nuevo *observatorio...* y en un amigo. Pero que nadie se enoje por esta descripción “ácida”, aún con el riesgo de que otros la tomen como ofensa. Hasta el insulto a veces es bueno, benévolo y necesario. Lo es en la medida en que a modo de denuncia y terapia contribuye a la higiene social, más todavía ante la perentoria necesidad de una limpieza de parásitos que se infiltran e infestan las instituciones del Estado, cuya vocación sólo es su permanencia. Inquilinos tan molestos parece que no tienen luces para más.

Y en tiempos de tanta tempestad, sorprende que los ciudadanos toleren todavía a los grumetes al mando del timón del barco.

15/mayo/2011

© Miguel Rodríguez Jouvencel
e-mail: mrjouvencel@gmail.com